

probar tesis preconcebidas, ni puede subordinar su inteligencia de las cosas a un prejuicio: se limita a mostrarlas tal como le aparecen, con todos los matices que sabe descubrir en ellas.

Mariano Picón-Salas es, además, un hábil escritor. Su estilo flúido, armónico, rico en los más inesperados efectos, cargado de sugerencia y de una especie de voluptuosidad ágil, es el más adecuado al género literario que cultiva, y llega a veces, como en las breves páginas que dedica a Goethe, a un grado de perfección poco común. —OSCAR VERA L.



ALUVIÓN DE FUEGO.

La literatura boliviana vive tan enclaustrada como su territorio. No es, sin embargo, un efecto de su mera mediterraneidad. Colombia, con dos océanos azotándole los flancos, sufre un mal semejante. Poco a poco, para el común de las gentes, Colombia se reduce a la generación que periclita en Guillermo Valencia, y, luego, bruscamente, tras el surgir en José Eustasio Rivera, incide en la transformación política operada con el advenimiento del Partido Liberal al poder, singularmente, con el advenimiento de Alfonso López.

Bolivia empieza a perder su insularidad—ironía hablar de insularidad cuando uno se refiere a un país sin costa—a raíz del conflicto bélico del Chaco. La guerra ha sido un acicate y va a ser una transformación. Hace poco, cotejando la producción de algunos escritores jóvenes de Bolivia, por ejemplo el caso de Fernando Diez de Medina, yo destacaba la evidente aristarquia que ahí se insinuaba. Una especie de sumersión en sí mismo. Voluptuosidad de estar solo, o, lo que es diverso, aislado. Porque el aislamiento no es soledad, sino atrincheramiento. Los solitarios lo serán siempre, aunque vivan entre multitudes, pero los aislados tienen que huir de éstas para sentirse solos.

Entre los escritores jóvenes de Bolivia, desde hace tiempo ocupa un lugar señero Oscar Cerruto. Escribió siempre versos y comentarios. Poemas de un lirismo revolucionario. Allá por 1926 leí, por primera vez, a Cerruto. Carteles de insurgencia, en los que la selección formal ponía un desmentido al desmelamiento rebelde. No es que la rebeldía ande de greña con la pulcritud, sino que la rebeldía parecía un poco reflejo de la pulcritud, evasión del ripio académico en busca de un tropo insurrecto. Era la época de los mensajes y del simplismo revolucionario. Entonces hubo muchos insatisfechos o insurrectos en América. Quedáronse los más en esa actitud. Actitud de insatisfacción. Lógica protesta tácita contra una época de despotismos solventes, como fueron los que agobiaron al continente hasta 1930. Cerruto juntaba, como tantos literatos, una adhesión pertinaz al vanguardismo que no era más que protesta, sin afirmar conclusiones. De aquellos vanguardistas de 1926-1930, muchos quedaron rezagados y otros se incorporaron a la reacción. «Compañeros de ruta», meros «compañeros de ruta», se despidieron, deshaciéndose la comparsa, en el momento de actuar. Algunos persistieron en la actitud hirsuta, devorando mundos en versos y prosas encendidas, calcando a Eluard, Breton, Aragón y Cocteau, al tiempo que profesaban la más encendida devoción revolucionaria. De tal modo juntaban, en su caos, el módulo decadente y desesperado de Joyce con la inquietud exasperada y en protesta de Marx. Y así Marx pasó a ser un tropo, metamorfosis que no sospechó ninguna mitología, y mucho menos la Primera Internacional.

No conozco la trayectoria de Cerruto de entonces acá. Mis perspectivas detectivescas no incidieron en Bolivia, pues navegué por mares de trópico y me urgieron otros menesteres inaplazables. ¡Vida que no se logra dominar, ni siquiera con sofismas, por su dureza y su ímpetu! Bolivia se lanzó a la vorágine del Chaco. El tableteo de las ametralladoras fué más eficaz que el tableteo de los rimadores. Y, además, sirvió para depurar a

un pueblo. Porque Bolivia se encuentra ahora, a sí misma, tras muchos años de incertidumbre, en los que sus mesías alternaron—dejando de lado el «patinismo», que eso no es ya cuestión humana, sino exposición zoológica—trenos de apocalipsis con proclamas de gas. La tarea de los políticos profesionales fué más contundente, pues hasta supieron disfrazarse de izquierda o derecha, sin sonrojos, según las ocasiones. Y los escritores manifestaron harta insensibilidad para sus propios problemas. De alguno, tildado de panfletario tremendo, y de otro, de poeta insigne y metafísico, y de aquél, experto en gestos teatrales y versos machacados a fuego vivo, y de esotro ducho en improperios y aseveraciones tajantes, de casi todo anduvo ausente la realidad. Y cuando sobrevino la tragedia del Chaco fué posible medir la eficacia de las enseñanzas paciñistas por el entusiasmo de las adhesiones bélicas.

La insularidad de Bolivia la hizo daño. En «El Velero Matinal», libro reciente de Diez de Medina, joven alerta—sobre todo joven—se advierte la marcada huella de ese vivir mirando lo inmediato. Una superestimación de lo cercano, ahondada por el dolor del enclaustramiento, produjo ese estado, que se trasluce en sus escritores y que, seguramente, se va a interrumpir con la tragedia del Chaco. Bolivia se ha dado cuenta de que necesitaba conectarse. De que no podía vivir entre suspicacias políticas y también literarias. Y que su problema es algo más que la obtención de un puerto: es eso, y, además la obtención de lo que en todos los otros pueblos falta: conciencia de su problema, vinculación defensiva con América, reacción contra el imperialismo, extinción del gamonalismo, liquidación de la politiquería que no vacila en hinojarse ella—y con ella, la nación—ante el capital de un cacique criollo y el capital imperialista, planteamiento y solución de los problemas indígenas, ocultos o borrosos a través de la frascología de los «profesores de idealismo» fin de siglo y con la demagogia de los fautores de repúblicas aimarás y quechuas, embeleco con el que trata de calcar la unión de las re-

públicas soviéticas y galvanizar la rebeldía indígena, incurriendo en semejante vicio, al de los demagogos liberales.

La guerra del Chaco fué para muchos la señal de la revolución social en América. No ha sido así, sin embargo, porque la revolución no se produce por simple imitación, ni por el mero hecho de encontrar una coincidencia entre un acontecimiento europeo y uno americano. Pero, la guerra del Chaco ha iniciado la revolución boliviana. Eso es indudable, por lo mismo que la guerra produce un colapso y un acicate en todo pueblo, máxime en aquéllos que no triunfan y en donde la desigualdad económica se une a la racial.

Bolivia entra a una nueva etapa, tras la guerra del Chaco—Cerruto nos ofrece cuadros significativos—del mismo modo que el Perú entró a otra faz con la guerra del 79, si bien, entonces, el problema era distinto. No había la cuestión de la miseria reinante sino la de la opulencia perdida; y la conciencia social andaba muy embotada y harto colonial aun.

Los primeros resultados de la guerra del 79 fueron, en el Perú, el surgimiento del indigenismo y la beligerancia de la provincia, bajo la égida de González Prada. En Bolivia, el indio va a adquirir prestancia ahora, y, además, se desacreditarán valores que, hasta hace unos meses, anesthesiaban toda inquietud. El mito del militarismo ha sufrido rudo desmedro. Acercarse al monstruo le resta peligrosidad. Y si es verdad que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara,» tampoco hay mitología para quien transita en el Olimpo.

¿Cómo ocurrió la guerra del Chaco? Oscar Cerruto nos relata las incidencias con vuelo y, a la vez, gracia. Mientras muchos espíritus se dejaron ganar por la propaganda bélica, Cerruto conserva en esta novela una auténtica posición revolucionaria. No es la diatriba fácil del que vocifera contra un sistema, utilizando argumentos generales y bombardas sonoras y vistosas. Cerruto no comete ese error ni cae en expresión de tan mal gusto. Porque la revolución no excluye la estética, y la estética, acaso,

sea su corolario. Un revolucionario sin estética incurre en la demagogia. No se trata de hacer literatura de la revolución, si no de lo otro: de no derivar en la demagogia. De que la novela y el ensayo no se inclinen excesivamente a la proclama, lo cual resta eficacia a la obra, tanto desde el punto de vista de la propaganda como desde la literatura misma. Cuando algunos discuten si el arte debe ser propaganda, incurren en una tautología absurda. El arte debe ser arte, y el serlo, como expresión de vida, tendrá que hacer propaganda a lo que el autor piensa. Pero, tratar de demostrar algo que corresponde sólo a un esquema mental y no a una expresión vital, es ya publicidad y hasta publicidad mercenaria. Así como refugiarse en la pura forma, en el arte puro, implica una obliteración de criterio, como es la de confundir el continente con el contenido: tragedia del que cree ser escritor porque simplemente escribe.

Cerruto llega, en su «Aluvión de Fuego» a hacernos confidencias interesantísimas acerca de su generación. Era, aunque él no lo diga, era él un escritor jubiloso. La rebeldía le taraccaba, pero sin calar muy adentro. Se había descubierto un nuevo tropo, el de la Revolución Social, tropo que en Europa era carne. Pero, llegaron los días duros del 30. ¡Cuántos sintiéronse arrepentidos de sus arrestos impetuosos e insurgentes, al comprobar que ahora llegaba la hora de convertir el verbo en acción! No sé si Cerruto eludió o persistió. Mas, poco después de aquello, ocurrieron las incidencias del Chaco. Mientras la diplomacia inventaba teorías—y aquí hay que acordarse de la caústica frase del profesor yanqui Moon: «imperialism is the reality; diplomacy is superficial expression»—y discutía si Bolivia era Atlántica o Pacífica, a la vez que en Paraguay se manipulaban documentos coloniales y argumentos republicanos, fuerzas ajenas influían en el conflicto. Harto se ha discutido sobre eso. De momento, no interesa aquí. En cambio, interesa mirar el espíritu de la juventud americana.

Vivía ésta una hora amarga, y, sin embargo, jubilosa. Vai-

venes de mala fortuna que no llegan a desgarramientos mortales. Y fué primero una escaramuza. Y luego, un mitin. La fiebre arrastró hacia los cuarteles. Ante el reactivo de la guerra, muchas insurgencias quedaron chafadas, mostrando la llaga viva de su puerilidad. No creyeron que el conflicto durase. La guerra siempre adopta, al principio, un acento deportivo. Los enamorados se enrolan gustosos por sentirse héroes; los mozos, por desarrollar energías; y todos se envuelven en palabras sonoras, en declaraciones pomposas... Sin embargo, la nueva generación americana sabe que el nacionalismo verdadero no está en guerrear entre nosotros, sino en unirnos para oponernos al enemigo común, que está dentro y fuera: en el imperialismo y en las oligarquías.

¿Cómo olvidar eso? Si estaba tan fresco el recuerdo de Leticia, cuando la franca repulsa de la juventud aprista del Perú impidió una guerra inicua, sin importarle los dicterios de entonces, que, luego deberían ser aplicados a los que aparecieron como fiscales en aquella coyuntura; ¿cómo es que las juventudes de Bolivia y Paraguay desoyeron aquel reclamo? Y otra vez aparece aquí el problema de la mediterraneidad, que agudiza sensaciones, hipertrofiándolas.

Pero dejemos la respuesta a Cerruto. El es boliviano y es joven. Con su aire discretísimo, moreno, de ojos nigérrimos y taladrantes, a ratos perplejo, nos refiere el drama del personaje: un boliviano, como él; sensible—no sentimental—como él; inquieto por el porvenir, como él, y joven, eso es, joven y literatizante, en lo cual el personaje le va en zaga al autor, porque Cerruto es literato auténtico. Llegó la guerra a paso de lobo. Nadie la sospechaba, nadie la esperaba. Todos jugaban con ella. Y se instaló. Las muchachas alentaban a los guerreros y, de pronto, se quiebra el valor de las mujeres, porque resulta que la guerra es más que un deporte: un drama, ya que para tragedia le falta el *fatum*, y que el *fatum* de la guerra lo manejan los hombres...

* * *

El libro de Cerruto comienza con una divagación sobre las nubes.

La «descripción del cielo»—robémosle el título a Alberto Hidalgo—que hace Cerruto, es sencillamente bella. Bajo ese cielo descrito, por cercano se encamina el argumento. Argumento trivial, por la anécdota, rico por el sentido, por su densidad viviente. No es una guerra a lo Remarque. Tiene «Aluvión de Fuego»—y es notable tal detalle—una curiosa amalgama de «Sin novedad en el frente», «La Vorágine» y «Don Segundo Sombra»: del primero, la hosquedad prosaica y turbia de la guerra; del segundo, la fuerza de la naturaleza dominando al hombre; del tercero, el sabor líquido de sus metáforas. Es que se trata de una guerra americana: en la selva, con indios, con rigor y bajo la poemática claridad de un cielo, vanamente tachado por lluvias y nieblas. Novela americana, con fugas líricas, muy puras, y con resabios amargos, muy turbios, cargados de presagios duros.

Así es la guerra. Soledad de selva, cenegales de pasiones y barro, muerte y malaria. Mientras muchos escritores de uno y otro bando, marcializan la guerra, la deifican, en su afán comprensible, pero no por eso menos vituperable, de exaltar las cualidades del hombre, Cerruto la reduce a trizas. Por eso no serán pocos los que le ataquen, pero es un mérito más el suyo: sobreponerse al medio ambiente. Pues ni aun los que vuelven de la campaña, ateridos de espíritu y cuerpo, logran liberarse de las «órdenes del día». Pesa sobre ellos la disciplina, y pesa la vanidad de sentirse héroes. El combatiente domina al intelectual, al hombre. En Cerruto, no cabría decir si el poeta o el insurgente pueden más que el combatiente, pero es cierto, es positivo, que el americano vence al boliviano, lo cual significa que siente su bolivianidad con certeza y hondura, porque Bolivia no se edificará por

el mero esfuerzo de los bolivianos, como Perú y Chile y Colombia y Ecuador y México y todos los demás no lograrán conquistar su autonomía por sí solos, sino precisamente a base de superar el nacionalismo chico de los explotadores para construir el nacionalismo grande de los explotados, que se enfrente a la Internacional del lucro.

Como defectos técnicos tal vez pueda reprocharse a Cerruto el amontonar en determinados instantes, excesivos acontecimientos de magnitud, no obstante de que no abusa de la anécdota. La sublevación de los indios, sin embargo, está bien situada en la posibilidad real, aunque esa posibilidad no surge limpia de la novela misma. Nos lo explicamos pensando en la guerra en sí, pero no dentro de la obra literaria de Cerruto. La deserción y el cambio de nombre del héroe, son no sólo posibles, sino reales, pero sin embargo están presentados un tanto forzadamente. Nada de eso implica cargo mayor. La obra de Cerruto es una hermosa descripción poemática, una novela viviente, y a la vez, un alegato de juventud.

El escritor boliviano aquí ahonda en su entraña nacional, a costa de superar fronteras sentimentales. No exprime odio para el Paraguay. No vitupera a la Argentina ni a Chile ni al Perú. No declama. No pide puerto. No pide, nunca pide, nunca acusa. Narra, trabajosa y bravíamente, narra, expone, describe. Y el poeta es tan acusado y sincero, que el método a duras penas logra entabrar su relato. Es posible que, por ese desasimiento de intereses inmediatos, se compare a este libro con «Pueblo enfermo»—el libro de Arguedas que tanto indignó a sus compatriotas hace casi veinte años. Pero en «Aluvión de Fuego», hay ante todo una sensibilidad vigilante. Una expresión artística. Y, como auténtica expresión artística asoma la vida, y con la vida la revolución.

Destierro, septiembre de 1935.--LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.